

PERDÓN

- Venga, levántate - dijo la Madre de Angel mientras le zarandeaba el hombro cariñosamente para despertarle. Hoy sale la procesión y es necesario revisar que todo esté listo.
- ¡Con lo a gusto que estaba durmiendo! - respondió el joven a regañadientes mientras se incorporaba, estirando los brazos y las piernas entumecidos de tanto dormir.

Angel, al igual que todos sus hermanos, aparentaba la edad de un niño de unos siete años, si bien era bastante mayor.

Como todos los años por Semana Santa era responsable de velar por el buen funcionamiento de la procesión dirigida por su Madre, labor llevada a cabo por su familia desde la creación del paso. Este paso representaba a una Virgen María rodeada por ángeles, alegre por la resurrección de su hijo crucificado.

Angel, refunfuñando todavía, se levantó, y sin vestir siquiera salió a inspeccionar el material de la procesión, almacenado en un pequeño cuarto de la iglesia en donde descansaba el paso. Al entrar, se encontró con el Hermano Mayor.

- Hola - le saludó, Angel.

Como era habitual no le contestó, ni siquiera se fijó en que iba desnudo. Angel no conseguía acostumbrarse a que le ignorarán de esa manera, siempre hacían igual. Todos los años era lo mismo. Así no podía hacer amistad con nadie.

Con la agilidad habitual en él en un santiamén había acabado su labor en aquella habitación. Todo el material era correcto, no faltaba nada. Se encontraban en perfecto estado las velas usadas para alumbrar el camino del paso, apiladas verticalmente una encima de otra; los estandartes, las farolas, las cruces todo se encontraba colocado en su sitio listo para ser llevado con orgullo esa misma noche por cada uno de los miembros de la procesión.

Lo único que le quedaba por hacer era revisar la trayectoria que seguiría el paso. A veces, en la carretera, se podían encontrar botellas rotas, o afiladas piedras capaces de destrozar los pies desnudos de algunos penitentes. Era su deber velar por la seguridad de todos y cada uno de los procesionarios.

Antes de salir a la calle pasó por delante del paso. ¡Qué hermosa estaba la Virgen! Un manto azul, como si de una aureola de paz y de amor se tratase, cubría todo su cuerpo. Sus manos, entrelazadas una con otra, se alzaban dando gracias a Dios por la resurrección de su amado hijo. Tenía vida, o eso le parecía a Angel. Mientras salía por la puerta pudo oír perfectamente un *Ten cuidado* procedente de los labios de la Virgen. Seguramente fue el susurro del viento, el chirriar del portón según lo abría, o su propio corazón devoto le jugó por unos instantes una mala pasada dándole vida a la Virgen.

Cuando Angel vio el paso notó que, como todos los años, alguien había robado un ángel. Siempre igual, siempre la misma canción: cada año, el día de la procesión, un gracioso robaba uno de los ángeles para dejarlo en su lugar un par de horas antes de sacar el paso a la calle. Nadie nunca había conseguido averiguar el motivo de dicho comportamiento, pero ya a nadie le

extrañaba la falta de la estatua. Sabían que aparecería en el momento adecuado. Y ya no se preocupaban.

Hacía un día espléndido. Con paso tranquilo, disfrutando de los rayos de sol, recorrió la trayectoria que seguiría la procesión por la tarde, recogiendo las pipas del suelo, o trozos de botella o cualquier otra cosa que pudiera dañar los pies desnudos de los penitentes. Esa era su labor: hacer la penitencia lo más llevadera posible.

Sobre las doce dio por finalizada su labor. Las calles comenzaban a estar más animadas. Se veía en la plaza a niños jugando, madres paseando a sus recién nacidos bebés, parejas de enamorados disfrutando de la mañana ignorantes del resto del mundo que les rodeaba, mujeres mayores cotilleando en las aceras sobre el traje que llevó la semana pasada fulanita o menganita, parejas de ancianos saboreando los rayos del sol.

El ambiente resultaba muy agradable, tanto que Angel, tras recostarse en uno de los bancos de piedra de la plaza, se quedó adormilado.

Le despertó media hora después el sollozo de un niño sentado a su lado. Ni siquiera se había dado cuenta del tiempo que llevaba a su lado. El niño lloraba desconsoladamente, tapándose la cara con ambas manos.

De unos ocho años de edad, bien vestido, parecía perdido. No se veía a sus padres por ninguna parte. Angel se acercó y le preguntó:

- ¿Por qué lloras? ¿Te encuentras mal?

El niño, retirando sus manos de la cara, le miró con los ojos enrojecidos y contestó:

- ¡A ti que te importa!

Al oír semejante respuesta Angel se sonrió. ¿Cuántas veces él mismo había contestado así? No le molestó ni lo más mínimo, antes bien, continuó hablando como sigue:

- Bueno, no es necesario que me lo digas. Soy brujo y lo puedo averiguar por mi mismo. Ibas paseando con tu madre. Habéis visto un juguete en una tienda que había prometido comprarte. Tú se lo has recordado. Ella te ha contestado que ahora no es momento, que no tiene dinero, que dentro de unos meses. Te has enfadado y has salido corriendo pensando que tu madre es la más mala del mundo y que no quieres volver a verla.

El niño al oír las palabras de su joven acompañante dio un respingo.

- ¿Cómo lo sabes? - preguntó con cara ansiosa.

Angel disfrutaba viendo la sorpresa reflejada en su rostro. El farol que se había tirado parecía haber dado de lleno. Continuaría con la farsa:

- Soy un brujo de grado superior, como ya te he comentado, y averiguar este tipo de cosas es un juego de niños para mí.

La cara del niño era todo un poema. Sus ojos, todavía enrojecidos por las lágrimas derramadas, ya no denotaban tristeza sino brillaban de sorpresa y miraban a su compañero cada vez con más admiración.

- ¿Por qué no perdonas a tu madre? - continuó Angel. A fin de cuentas, no te ha dicho que no te lo quiera comprar, sino que por el momento no puede, pero que más adelante lo hará.

- No - replicó el niño. Siempre me dice lo mismo. Estoy harto. Ya no la quiero. ¡Y no la perdonaré nunca!

- Bueno, como tú quieras. ¡Ops! Ahora que recuerdo. ¿Tienes algo que hacer?

El niño movió la cabeza negativamente.

- Es que aquí al lado van a representar la muerte y resurrección de Jesucristo, y es gratis. Podíamos irlo a ver - dijo Angel mientras echaba a andar en dirección del parque donde iba a tener lugar la obra de teatro.

El niño, sin decir palabra, le siguió.

Cuando llegaron la representación acababa de empezar. Como ambos eran pequeños no les costó colarse entre las piernas de los asistentes y sentarse en primera fila. La verdad es que resultaba fantástico ver cómo los actores se desenvolvían en el escenario. El niño estaba fascinado, no solo por se la primera vez que asistía a una representación teatral sino también por el tema tratado. Todos los domingos iba a misa, conocía la vida de Jesucristo perfectamente, pero ver el sufrimiento que soportó por cargar con nuestros pecados le impresionó.

- ¿Qué tal? - preguntó Angel una vez finalizada la obra. ¿Te ha gustado?

- Sí, mucho - respondió el niño ebrio de gozo al contemplar la vida del hijo de Dios.

Como todos los niños, y no tan niños, se encontraba inmerso en un estado de ánimo de excitación total. Él también quería ser bueno, ser como Jesucristo, sentir el estado de paz en que deben encontrarse todas aquellas personas de corazón puro.

- ¿No crees - le preguntó Angel con una sonrisa maliciosa en sus labios - que al igual que Jesucristo perdonó a aquellos que le crucificaron tú deberías perdonar a tu madre, máximo cuando tu madre te quiere mucho y seguro que lo esta pasando muy mal por no saber dónde te encuentras?

La pregunta dejó helado al chico. No se había dado cuenta. Mientras estaba viendo la obra de teatro, se había maravillado al oír como Jesucristo perdonaba a aquellos que tanto mal le estaban haciendo. Pensó, que él también querría actuar de esa forma si se encontrase en la misma situación. ¡Quería ser puro de corazón!. Y, sin embargo, no se había dado cuenta de que tenía que perdonar a su madre.

Las lágrimas volvieron a sus ojos. Se sentía culpable por lo que había hecho. Su madre, siempre le daba todo lo que le pedía, y era verdad que si no podía comprarlo en el momento más tarde se lo compraría. Y él se había escapado, y había huido.

Angel, cogiéndole de la mano, hecho a andar. Después de andar unos minutos, le dijo:

- Mira, allí ahí una mujer que parece histérica.

El niño nada más alzar la mirada en la dirección que le apuntaba su acompañante, hecho a correr. La mujer, que no paraba de ir de un lado para otro preguntando a todo el mundo por la desaparición de su hijo, era su madre. Cuando le vio corrió hasta abrazarlo entre sus brazos.

- Perdóname, mama - le dijo el niño. No lo volveré a hacer.

Angel, con una sonrisa de alegría, se alejó de la escena. Cansado, regreso a la iglesia para echarse a dormir. Su labor, llevada a cabo con éxito, había finalizado.

Caminó hasta donde se encontraba el paso, y antes de acostarse contempló a la Virgen con amor.

- ¿Estas muy cansado? - le preguntó su Madre tiernamente. Duérmete si quieres, yo velaré tu descanso - continuó mientras le besaba en la mejilla.
- Gracias, Mamá - contestó el niño mientras devolvía el beso.

Después de separar sus labios de la mejilla de la Virgen, Angel tomó el lugar de la estatua que faltaba en el paso y colocándose en posición se durmió.

Autor: AMLP